

La ciencia de la muerte

Miguel Piña



Image not found.

Capítulo 1

La ciencia de la muerte

Mis investigaciones concluyeron en un punto inexacto de la ciencia humana, es cierto, pero siempre consideré que la verdadera ciencia no es la descubierta completamente, sino la que plantea más preguntas y dudas. Desde muy joven sentía la grata fascinación por la vida humana, sus razones, sus factores, sus misterios inequívocos... el simple milagro de la muerte misma. Por esa razón decidí trabajar en una morgue, preparando a los muertos; en esa habitación fría observé los rostros más interesantes que nunca vi antes. Habían hombres con semblantes desnaturalizados de horror, con la misma mirada de su último suspiro, antes de recibir un disparo, una puñalada o un infarto. Los vellos de sus brazos todavía permanecían asustados, a veces escuchaba los latidos desesperados de sus corazones desahuciados, hasta las respiraciones forzosas y moribundas.

Una vez, a horas muy tempranas, llegó un hombre que había fallecido por derrame cerebral. Yo apenas había esterilizado la habitación cuando llegó el cuerpo con el forense; asistí en todo lo necesario en la operación de la autopsia como siempre, sin embargo como me decía el forense: el hombre, que parecía de cuarenta años más o menos, tenía algo interesante en sus ojos, estaban por completo ceñidos de negro, como dos obsidianas. Era la primera vez que él veía unos ojos así, yo en cambio en muchos derrames cerebrales los había notado, los ojos negros sin brillo, con una oscuridad tenebrosa. La primera vez que vi esos ojos me pareció una proeza más de la muerte, misteriosa e inexplicable, sin embargo al repetirse, la proeza perdió su peculiaridad y comenzó a tornarse una característica más de la ciencia. Después de analizar muchas veces, de investigar empedernido con la respuesta, concluí en una explicación que quizás para algunos sea ilógica, poco real, ¡hasta poco científica!, mas fue mi verdad por mucho tiempo: el alma de las personas, simplemente, deja el cuerpo antes de la muerte.

Para mí el alma era una verdad científica, una verdad necesaria para explicar la exorbitante grandeza de la mente, la gran creatividad humana. En la comunidad científica donde asistía nadie compartía mi punto de vista, pero yo seguía seguro de la existencia del alma. ¿En qué lugar se encuentra?, yo pensé, según lo investigado unido a un poco de poesía, que era arriba del tabique, en medio de los ojos, desde allí el alma controla el universo, desde allí mueve al cuerpo como un títere, desde allí recoge toda la existencia.

Sin embargo lo antes contado no fue para nada lo más prominente de la muerte, en mis años en la morgue aprendí mucho sobre los secretos de la vida, y su segura consecuencia... la muerte. Una vez un hombre, de

muerte inexplicable, llegó en la tarde a la morgue con un rostro sonriente, pero no una sonrisa normal, sino que casi literalmente de oreja a oreja, con unos ojos abiertos que tal vez nadie se había atrevido a cerrar. Como dije fue inexplicable, solo lo encontraron solitario en su cama, además la autopsia no reveló ningún indicio de suicidio, sin heridas, solo su corazón sin latir y un cerebro inutilizado. En ese año hubo muchas muertes con las mismas características; mi conclusión no se hizo esperar, descifrando que no solo el cuerpo puede fallecer, sino también el alma, sin embargo unas semanas después, cuando sucedió una masacre horrible, concluí que el cuerpo no siempre muere con el alma.

Después de muchos años de investigación decidí salir de la comunidad científica, luego de que mis investigaciones fueran tachadas de pseudociencia, una estupidez, ya que mi ciencia es la esencia olvidada del mundo, se podría decir que mi ciencia es la raíz de toda ciencia... pero los <<científicos>> de renombre la consideraron pseudociencia, que estupidez, todo lo que no encuentra cabida en su pequeña cabeza lo rechazan. Los años empezaron a hacer estragos en mi cuerpo, la columna, la vista, la audición, mis sentidos jugaban conmigo mostrándome más cercana que nunca la silueta de la muerte. Sentado en mi oficina una vez, con los destrozos de la vejez encima, escribía un artículo, pero mientras lo escribía recordaba el recuerdo más impactante que dejó en mí la muerte: cuando murió mi esposa. Al regresar del trabajo encontré la casa limpia, como de costumbre, sin embargo mi esposa estaba tirada en el piso con la piel negra, el cabello quemado y un cable en la pared que olvidé arreglar esa mañana. Qué extraño, todos conocemos muy bien la muerte, su común misterio, pero siempre que llega nos conmocionamos, lloramos, como si hubiera sido la sorpresa más grande, como si hubiera sido el secreto jamás contado... es que para vivir se debe saber morir, y a quién engaño, si cuando llega la muerte aún nadie aprende a vivir.

Aunque lo que más me sorprendió de su muerte no fueron sus ojos de obsidiana, ni mucho menos su rostro triste, sino los latidos de su corazón resonante, que permanecieron audibles por la eternidad.